

el clérigo y la política

JUAN M. DE POSADAS, S. J. •

DESPUÉS del Concilio Vaticano II nadie puede dudar que la Iglesia tiene un papel a jugar y una palabra que decir con respecto a las actividades y estructuras temporales y al quehacer histórico de los hombres. Estrictamente hablando, una duda sería en este respecto tampoco era legítima antes de 1962. Pero actualmente existe una conciencia más clara sobre el punto, un progreso en su intelección, e indudablemente, una formulación más decidida.

La primera palabra del Concilio, su mensaje inicial dirigido a toda la humanidad, es pedir "humilde y ardientemente" la ayuda y colaboración de todos los hombres de buena voluntad para "instaurar en el mundo una sociedad humana más recta y más perfecta". Este mismo tema es retomado en casi todos los documentos conciliares y, sobre todo, aflora insistentemente en pasajes de la *Gaudium et Spes* que ya son de todos conocidos.

Dice J. M^a Setién: "La Iglesia no puede renunciar, ni en los clérigos ni en los laicos, a la misión trascendental que le toca jugar en la elaboración de la vida de los pueblos, en la política, consistente

en iluminarla con la exposición de los principios y de las exigencias de la justicia. Ello equivaldría a caer en un «laicismo» doctrinal que hay que denunciar aun cuando pretenda disfrazarse con el velo de la protección a los intereses institucionales de la Iglesia" (*Cuadernos para el Diálogo*; 23-24; p. 16). Esta cita que transcribimos nos introduce súbitamente en nuestro tema: ¿qué papel juega el clérigo en esa misión total de la Iglesia respecto a la construcción de la ciudad terrena? ¿Cómo se inserta el clérigo —miembro tan íntimo y sobre todo tan visible de la Iglesia— en esa contribución a lo temporal y a lo histórico que la Iglesia ha redescubierto en sí misma?

Tal y como están actualmente las cosas, éstas no son preguntas académicas o nacidas de una curiosidad exclusivamente hipotética o teórica. No son casos aislados los del sacerdote que está hondamente preocupado por esta interrogación porque siente en carne propia la verdad cruel de las acusaciones de falta de encarnación y de presencia histórica lanzadas al rostro de la Iglesia. Nada sirve contra estas acusaciones ese malabarismo verbal de una

ordenadas básicas para ir dibujando un esquema de solución. Una es la relación de la Iglesia como tal, como sacramento de salvación sobrenatural, y el orden temporal, la "polis". Esto supone toda una teología de la Iglesia y una teología del misterio de la Encarnación. La segunda coordinada sería una teología del sacerdocio. Me limitaré sólo a tratar algunos aspectos de este punto.

Admitiendo la dificultad de definir en pocas palabras (y aún en muchas) lo esencial y característico del sacerdocio en la Iglesia, con todo, es fácil reconocer que el rol o misión profética es parte de la esencia de ese sacerdocio. Hay autores que no vacilan en afirmar que, si bien el sacramento del orden implica una relación evidente con el culto, sin embargo, existencialmente está más relacionado y definido por la función profética, o sea, la predicación de la palabra.

El rol profético se refiere, con prioridad absoluta, a la predicación del mensaje cristiano, la buena nueva de salvación sobrenatural. También se refiere a todas aquellas estructuras y conductas que, aunque profanas, tienen relevancia en conexión con la salud sobrenatural. Este ámbito de la predicación es generalmente admitido, por lo menos en teoría, y la presencia en él del sacerdote predicador no es considerada una intromisión abusiva. Pero hay que ahondar más en esta línea de pensamiento; detenerse aquí sería abandonarla prematuramente, antes de que haya dado de sí todo lo que puede dar.

EXIGENCIAS Y ALCANCE DE LA PREDICACION

El ministerio de la palabra que compete al sacerdote no consiste meramente

en una fiel repetición del mensaje. La finalidad de la predicación no es, exclusivamente, la preservación de la ortodoxia ni la preocupación por dar la sana doctrina. El fin de la predicación es, sobre todo, que el mensaje devenga vida, que transforme los corazones de los hombres y sus conductas, que la palabra se haga carne. Esta es una exigencia del mensaje mismo: devenir historia. La única verificación del mensaje cristiano, su única "verdad" plena, es devenir vida. La finalidad que persigue el predicador es que esto se cumpla, o como dice la *Pacem in Terris*: "Cada uno está llamado a concurrir generosamente a la realización de un orden colectivo que corresponda cada día mejor a los derechos y obligaciones. Así, no basta reconocer y respetar el derecho del hombre a los medios de existencia; es necesario emplearse, cada uno según sus fuerzas, en procurar que se satisfaga" (Nº 31). La tarea y obligación de predicar lleva ineludiblemente consigo la exigencia de "emplearse", como dice el Papa, en afectar realmente y en la dirección del mensaje evangélico, las conductas de los hombres y las estructuras de la sociedad. Esto es pues una exigencia de la función profética del sacerdote como tal, y coloca al sacerdote muy próximo al plano político, entendido éste en el sentido amplio que se le ha dado anteriormente.

Pero aún es menester proseguir esta línea de pensamiento. Si la finalidad natural, aunque no única, de la predicación es como la hemos descrito: hacer que la conducta de los hombres y las estructuras de la ciudad terrena sean más humanas y más conformes al Evangelio ¿no exige esto el comprometerse en una acción dirigida a lograr ese objetivo? Hablando más

concretamente: si en la predicación se trata, no de decir algo sobre la justicia (con toda precisión y ortodoxia) sino que haya justicia; ¿no implica esto comprometerse en una acción total destinada a construir efectivamente la justicia? ¿No es acaso mentirosa una predicación que no va acompañada de un testimonio y de un compromiso real y operante? ¿No es acaso inútil para afectar las estructuras históricas esa palabra que rehusa comprometerse, que prefiere quedarse en una altura enrarecida y estéril? No estamos ya hartos de pronunciamientos y declaraciones de principios faltos de mordiente en la realidad? ¿No estamos —y con razón— avergonzados ante esa postura pastoral del que cree haber descargado toda su responsabilidad con solo palabras, sin el más mínimo gesto de ayuda para mejorar la situación? ¿No hay, por tanto, en la misma naturaleza del rol profético, una exigencia de prolongación desde el púlpito hacia una acción que, de alguna manera, se refiera a objetivos políticos?

Los documentos del Concilio no llevan el estudio de las exigencias de la misión profética hasta las últimas consecuencias expresadas en el párrafo precedente. No hay que pensar que el Concilio agote toda la sabiduría de la Iglesia. Con todo, en el documento sobre los Obispos existe una velada referencia a la relación que hay entre la obligación de predicar que recae sobre los Obispos y las realidades de la ciudad terrena. El texto dice: "Muéstrenles además que, según el designio de Dios creador, las mismas cosas terrenas y las instituciones humanas se ordenan también a la salud eterna de los hombres, y, por ende, pueden contribuir no poco a la edificación del cuerpo de Cristo. Enseñen, consiguientemente, con qué

seriedad, según la doctrina de la Iglesia, haya de ser estimada la persona humana con su libertad y la vida misma del cuerpo; la familia y su unidad y estabilidad y la procreación y educación de la prole; la sociedad civil con sus leyes y profesiones"... etc. (Nº 12). Esa seriedad con la cual hay que tomar las realidades terrenas y que está íntimamente ligada a la obligación de predicar es lo que da origen a la responsabilidad que tratamos de describir más arriba.

El mismo documento sobre los Obispos dice más adelante: "A la verdad, los sagrados pastores, al consagrarse al cuidado espiritual de su grey, favorecen también realmente el provecho y prosperidad social y civil" (Nº 19).

A todo esto no hay que olvidar ni por un momento que... "aquellos que se dedican al ministerio de la palabra divina han de usar medios y ayudas propios del Evangelio", como dice el mismo Concilio. El clérigo ha de contar con los medios que son propios del profeta: su voz y nada más. No puede apoyarse en la influencia del dinero, en el respaldo de la fuerza o de la coacción, ni siquiera en el poder ofrecer remuneración alguna a cambio de lo que pide.

Finalmente, un último conato de distinción entre lo propio del clérigo y lo propio del laico podría dar origen a expresiones tales como política fundamental y política menuda, definiendo esta última como la artesanía de la política, la elección de una opción concreta entre las mil opciones posibles. Es admisible que la artesanía política no entra dentro de la esfera del sacerdote. Pero, con todo, si es válido nuestro razonamiento hasta este punto, el sacerdote tiene una contribución que hacer en cuanto a que las fuerzas po-

líticas existan, a que actúen y a que logren sus objetivos. Su contribución tiene que verificarse en el plano de los objetivos políticos reales, tiene que ser registrada en esta escala de valores, de lo contrario es nula, no hay contribución alguna. Ahora bien: ¿es posible concebir una contribución del sacerdote que realmente se verifique y registre en el campo de las realidades políticas sin tomar forma concreta alguna, sin devenir, hasta cierto punto, una opción política particular?

OBJECIONES

Antes de terminar quisiera hacer referencia a las objeciones más usuales que se suelen levantar contra toda contigüidad entre clérigos y política.

Se dice que el clérigo no puede meterse en política porque, de hacerlo, comprometería a la Iglesia con una opción política concreta. Esta objeción se basa fundamentalmente en la convicción de que los laicos no son Iglesia y por lo tanto se pueden meter en política sin comprometer a la Iglesia. Basta hacer ver que el laico, a quien la Iglesia exhorta al compromiso político, es tan Iglesia como el clérigo, para que esta objeción enmudezca. Sobra decir que la Iglesia no se puede comprometer jamás con un régimen o un partido político, ni puede permitir que ningún partido político pretenda monopolizar el ideal cristiano. La Iglesia no tiene fórmulas políticas: no es esa su misión ni ha recibido para ello medio alguno.

Se dice que la política es algo por debajo de la dignidad sacerdotal. Esta objeción responde a una concepción peyorativa de la política, muy acentuada en fi-

las del clero. Política, en el diccionario clerical, significa lucha de facciones, intereses creados, juego de ambiciones, corrupción y, sobre todo, absoluta prescindencia de las directivas clericales. Sin duda, algo de esto es cierto; sin embargo, no exige abandono del campo sino, al contrario, esfuerzo por regenerarlo y transformarlo. Además a nadie se le escapa la importancia y trascendencia de esta actividad y todo lo que puede encerrar de nobleza y oportunidad para el bien.

Se dice que si el clérigo se mete en política divide a los fieles. Esta objeción responde también fundamentalmente a una visión peyorativa de los partidos políticos: algo así como bandos irreconciliables, aglutinados más en torno al odio de los contrarios que en torno a los propios principios y plataformas políticas. En una democracia civilizada del siglo XX los ciudadanos de diversos partidos políticos conviven juntos, se recrean juntos y trabajan juntos por la grandeza de la patria o simplemente por intereses económicos comunes. La diversidad en cuanto a opiniones políticas no es causa de división entre marido y mujer; ¿no es excesivo atribuir a la opción política del clérigo una causal irremisible de división? Escribía el Cardenal Feltin (nov. 1 de 1954): "Si la división política de los cristianos es escándalo a los ojos de algunos, la unión de los cristianos en la caridad, a pesar de la oposición entre sus convicciones políticas, ¿no será precisamente el testimonio más poderoso rendido a la divinidad de nuestra Iglesia? Ella no podría promover así el amor si no viviese en ella el Dios que es amor".

Se dice finalmente: S. Pablo y los apóstoles en su predicación jamás se metieron en estos temas. Esta última objeción es

la más simplista de todas. No vale la pena decir más que —según eso— todos los Papas, a partir de León XIII y aún antes, son censurables por sus encíclicas sociales.

Lo que aquí se ha presentado es sólo un principio de reflexión sobre el tema de clérigos y política. Es sólo un principio porque es poco lo que hasta ahora ha aparecido sobre el tema. Por otro lado, no se requiere una excesiva lucidez para

predecir que el problema se va a ir planteando cada vez con más urgencia, no sólo por la evolución del concepto de sacerdote sino por evolución de la vida cívica, por el proceso de democratización que va haciendo a las naciones más y más dueñas de su destino. ♦

N. de la R.: Desde España, donde cursa estudios iniciados en Estados Unidos, recibimos del autor esta colaboración, de neta vigencia en varios países.